

Los viajeros en busca de la identidad: el diálogo de Antonio Benítez Rojo con Alejo Carpentier y Wilson Harris.

Profesora Wanda I. Balseiro Chacón
Departamento de Español
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

En su ensayo “Carpentier & Harris: exploradores de El Dorado”, Antonio Benítez Rojo nos presenta una serie de planteamientos sobre el discurso narrativo caribeño desde las peculiaridades del relato que elabora Alejo Carpentier, particularmente en la obra *Los pasos perdidos*, contrastándolo con la novela *Palace of the Peacock*, del guyanés Wilson Harris. Benítez se apropia de los conceptos de “el allá”, “el otro” y “el acá”, utilizados por Roland Barthes en su libro sobre Japón, *L'Empire des Signes*, para plantear la oposición binaria de Europa y el Caribe (América).¹

El ensayo se divide en cuatro partes tituladas: “El viaje al allá”, “El camino de palabras”, “El viaje a El Dorado” y “Comentarios a tres viajeros”. Estos subtítulos a su vez nos informan del tema que Benítez persigue como guía de ese peregrinaje caribeño, de ese ir y venir, de estar y no estar, de llegar y no encontrar, de esa inquietud propia de los escritores latinoamericanos y caribeños por entender las dinámicas socioculturales de la región. De ahí surge el tema del explorador, viajero que va en busca de lo que Benítez llama El Dorado como texto de búsqueda de su otredad caribeña. Sin embargo, la paradoja surge de dos contrarios, América y Europa, que además se complementan para lograr esa travesía y experimentar “El Dorado”. Su deseo de identidad oscilará entre los dos.

Benítez alude al ensayo de Carpentier titulado “Problemática de la actual novela latinoamericana” para demostrar el conflicto de la mirada de un escritor caribeño ante su

experiencia como viajero novelista. Para Carpentier las gentes de nuestras tierras aún no han cuajado y "se hallan todavía en espera de una síntesis aún distante, situada más allá del término de las vidas de quienes ahora escriben".² Benítez señala que para Carpentier, la problemática de la novela reside fuera de ésta, en sus referentes latinoamericanos, y que sólo se resolvería el problema cuando las dinámicas caóticas de nuestro espectro sociocultural se ordenen en una síntesis.³ Es entonces cuando Benítez, en la parte subtitulada "El viaje al allá", comenta el criterio erróneo que tenía Carpentier al enjuiciar la novela caribeña e incluso su propia obra. Esa visión cambia al llegar el boom de "la nueva narrativa latinoamericana". Ésta se alinea con una postmodernidad que no busca la legitimación del discurso de la novela refiriéndolo a las grandes fábulas filosóficas, económicas o sociológicas del pasado. Sin embargo, el libro de viajes actual no ha perdido el interés que tuvo su predecesor de antaño en descubrir por medio del viaje al ser que habitaba una zona cultural distinta a la suya, una sociedad "otra". Para representar lo antes dicho, Benítez alude al prefacio del libro en el que Barthes narra su visita al Japón. En ese prefacio, titulado "Allá", Barthes establece las limitaciones de su texto al describir, representar o comentar la sociedad japonesa actual. Sin embargo, Benítez señala que esa noción del "Allá" que presenta Barthes es la experiencia del viajero, que sale de un espacio para caer en el espacio del Otro. Esto, a su vez, trae una consecuencia paradójica: lleva al viajero a construir un nuevo sistema para dar cuenta de ese espacio sociocultural distinto al suyo, y a formar juicios sobre el mismo, tomando de aquí y de allá. El vehículo facilitador para la creación y manipulación de ese sistema es la escritura.

¹ Véase: Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Barcelona, Casiopea, 1989; Alejo Carpentier, *Los pasos perdidos*. Barcelona, Seix Barral, 1973; Wilson Harris, *Palace of the Peacock*. London, Saber & Saber, 1960; Roland Barthes, *L'Empire des Signes*. Ginebra, Albert Skira, 1970.

² Benítez Rojo, "Carpentier & Harris: exploradores de El Dorado", en *La isla que se repite*, pp. 214-215.

³ *Ibíd.*, p. 215.

Es por eso que la noción de “allá” encierra una ironía, ya que el informe del viajero no comunicará una imagen virtual del referente; el resultado del viaje ha sido un texto, es decir, un significante insuficiente para significar al “Otro”. De ahí que Barthes proponga imaginar una nación ficticia y tratarla como un objeto novelístico al cual Carpentier, en su experiencia como viajero novelista, ubica “más allá del término de las vidas de quienes ahora escriben”.⁴ A este respecto Benítez concluye que el sistema del “Otro” siempre estará “allá”, puesto que “el acto de la lectura supone a su vez el acto de proyectar nuestra significación hacia el significante en fuga del Otro, llámese éste Japón, América, El Dorado, mito, novela”.⁵ Para ejemplificar dicho planteamiento alude a la aporía de Aquiles y la Tortuga: la meta (el “otro”) se halla en un punto siempre inalcanzable, (“allá”), en un espacio que se desplaza continuamente del acá al allá, de lo posible a lo imposible.

El medio que propone Benítez para viajar es “el camino de palabras”. El explorador o viajero, al trasladarse al mundo del otro, nombra deliberadamente lo que sabe que reside fuera de sus posibilidades y de esta forma marca de alguna manera su escritura. Este es el caso de Carpentier, autor contemporáneo, en cuyos textos esta tensión del “allá” se hace más manifiesta. Benítez alude a sus textos para representar ese viaje que a su vez se convierte en un laberinto y que lo lleva al centro huidizo de su “otredad” caribeña. Carpentier manifiesta en su obra esa disyuntiva entre acá y allá, ese deseo de identidad que oscilará entre América y Europa. El camino que une a esos dos mundos es el “Camino de Palabras”. Pero aunque ese camino puede abrirse a la aventura, como ocurre con los viajes de los protagonistas de *Los pasos perdidos*, *El acoso* y *Concierto Barroco*, al final, sin embargo, desemboca en el punto de partida, con el regreso al lado seguro, a la antesala del laberinto. En este aspecto radica la gran diferencia entre

⁴ *Ibíd.*, p. 218.

⁵ *Ibíd.*, p. 218.

Carpentier y otros escritores del Caribe, al ver el viaje a su otredad caribeña con riesgo calculado y gran cautela. Carpentier desea que el texto de su novela tenga garantizado el viaje de regreso y, para ello, opta por reinventar la selva por la vía de la reelaboración del lenguaje romántico de Richard y Robert Schomburgk, con su visión de la naturaleza no sistematizada. Esta visión contrasta con la de Alexander von Humboldt, que no viaja para visitar el lado de allá de su identidad, sino para establecer que la naturaleza, aunque compleja, puede ser fragmentada y comprendida.

La diferencia entre la prosa de Humboldt y la de Schomburgk responde a que entre sus respectivas exploraciones median cuarenta años de distancia. Por ende, sus estilos son diferentes. El de Humboldt es un estilo más ecuánime y su prosa es científica y neoclásica. La de los hermanos Schomburgk, por el contrario, es una prosa romántica que se adapta mejor al espíritu neorromántico de *Los pasos perdidos*. Aquí Benítez advierte un lirismo acuñado con giros y adjetivos europeos, que impone el significado de Europa al significante de América de modo deliberado. De esa forma “El camino de palabras” agiliza ese viaje del cual se puede retroceder sin peligro de perderse. Es lo que Benítez describe como una oscilación entre el acá y el allá, en la cual nunca se llega a perder el contacto con el centro (caribeño).

Benítez alude al tema del viaje como una posibilidad de experimentar el Caribe y utilizar como punto de partida el discurso carpenteriano que refleja esa ambivalencia característica del discurso narrativo caribeño de infiltrar la presencia de Europa como Padre del origen cultural. Es lo que con frecuencia la crítica literaria ha estudiado desde diversos ángulos e identifica como la llamada búsqueda de la identidad o búsqueda de raíces. Esta búsqueda es la que Benítez asocia con la famosa búsqueda de El Dorado. Es esa travesía construida por el deseo de reencontrar su perdida forma. No obstante, sobre este asunto difieren los puntos de vista de los viajeros.

Algunos regresan de la aventura afirmando su imposibilidad de dar con El Dorado; otros alcanzaron la visión de este espacio maravilloso, pero sólo por un instante y jamás lograron repetir la experiencia. Por último, hay quienes regresan de la selva con la razón perdida (que es lo mismo que no regresar), pues afirman haber alcanzado El Dorado y quedarse con esa visión en su ser. Esta última teoría la encontramos en Wilson Harris con su novela *Palace of the Peacock*.

Benítez alude a esta novela de Harris por su temática de búsqueda muy semejante a la de *Los pasos perdidos* de Carpentier. En ambas el viaje río arriba es también un viaje interior, una jornada psíquica. En la novela de Harris la acción transcurre en la selva de Guyana. El viaje se emprende cuando un plantador blanco, llamado Donne, decide buscar a los trabajadores indígenas que han abandonado su plantación debido a su mano dura. Donne sale en busca de ellos y se adentra en una misión en plena selva. Sin embargo, Donne es acompañado por el espíritu de su hermano, Dreamer, que anteriormente ya había hecho tal expedición y había muerto. Es Dreamer quien narra el relato y asiste así a su segunda muerte.

Al llegar a la misión, los indígenas de la aldea rememoran el suceso de aquellos mismos hombres que tiempo atrás murieron ahogados en el salto de la gran catarata. Sin embargo, el viaje se reanuda con una anciana arahuaca que vagaba entre las chozas vacías de los indígenas. Finalmente, se da el salto de la catarata. Pero los hombres de diversas razas que integraban la tripulación han ido desapareciendo. Donne asciende, entonces, junto con Dreamer, hasta llegar al Palacio del Pavo Real, ese espectro del arco iris, donde la identidad de los colores se genera a partir de la descomposición del rayo de luz. Es allí, en medio de este espacio poético, donde la tripulación se reencuentra en la muerte para renacer otra vez.

Benítez identifica en este relato ciertas instancias que lo emparentan con el texto de Carpentier. De ahí la referencia a la difícil y violenta conquista del territorio defendido por los

aborígenes. Igualmente ocurre con la narración sobre la llegada de los africanos, indios asiáticos y portugueses, como consecuencia de la generalización de una economía de plantación. En ese flujo poblacional tan heterogéneo se origina la mezcla de razas, el mestizaje. Ese sumergirse en los procesos históricos que le dieron forma a la sociedad guyanesa puede leerse como un intento de establecer el gran relato a partir del cual sería posible descifrar al país. El Dorado en este relato de la sociedad guyanesa alude a la explotación económica del territorio interior, rico en recursos minerales, sobre cuya base se ha desarrollado ese estado psíquico colectivo que algunos denominan sentimiento de identidad cultural. Esto implica que el territorio de la Guyana, al igual que otras naciones de la cuenca del Caribe, se ha definido en la costa, en equilibrio entre el mar y la profunda selva interior donde habita el indígena, el “Otro”. Benítez identifica el texto de Harris como un viaje para establecer contacto con el Otro, sobretodo porque el Otro posee el legítimo derecho sobre la tierra y también la posibilidad de unirse para formar una nacionalidad más amplia.

Para Benítez el Caribe no es el resultado de una resta, sino de una suma. El discurso caribeño porta un mito o deseo de integración social, cultural y psíquica que compensa la fragmentación y provisionalidad del ser colectivo. Es en este aspecto donde Benítez identifica la característica distintiva de la literatura del Caribe, “que busca diferenciarse de la europea no a través de la exclusión de componentes culturales que influyeron en su formación, sino al contrario por la vía de lograr un texto etnológicamente promiscuo que permita la lectura de la variada y densa polifonía de códigos propios de la sociedad caribeña”.⁶

Finalmente, Benítez en su ensayo comenta la polivalencia que adquiere el tema del viaje y que responde a la densidad de códigos caribeños. Tanto en *Los pasos perdidos* como en *Palace of the Peacock*, la problemática de los personajes principales es la misma: alcanzar la meta

fugitiva del centro. Es allí donde han de reconciliarse los antagonismos que separan al Ser y al Otro, llámese este espacio poético El Dorado, el Paraíso o el Palacio del Pavo Real.

En ambas obras aparecen dos mujeres que representan el símbolo del mito de integración propio del Caribe. A diferencia de los protagonistas, que son étnicamente caucásicos y representan a Europa, ambas mujeres son de piel morena y representan lo autóctono, (Rosario, de *Los pasos perdidos*, tiene sangre europea, africana y aborígen; Mariella, de *Palace of the Peacock*, es arahuaca o mestiza). Estos personajes representan el deseo de romper con las oposiciones binarias de tipo racial, cultural, económico, social y político que históricamente han fragmentado y aislado los pueblos del Caribe.

En conclusión, el recorrido realizado por Benítez a través de "el camino de las palabras" le ha permitido destacar en estos tres escritores -Carpentier, Harris y Barthes- los temas del Viaje y la Búsqueda, y, sobre todo, el carácter colectivo del deseo de hallar El Dorado. En ese deseo participan activamente los factores etnológicos que se mezclan dentro de la nación. Sin embargo, este tema pluralista no se halla presente en los viajes de Humboldt y de los hermanos Schomburgk al territorio de Caribana, ni tampoco en el de Barthes al Japón.

Es por eso que el deseo de integración total que porta el mito caribeño jamás se realizará en términos de una ecuación lineal, sino a partir de los ritmos fugaces, de índole poética, a través de los cuales se puede experimentar El Dorado.

⁶ *Ibíd.*, p. 226.